

“Has asegurado a las débiles
ramas del soplo de la brisa
e impuesto pavor aún a las estrellas
del centro del cielo”

Inscripción del Salón del Trono del Sahar Arrajahin, la Alhambra

BAJO LA ÉGIDA

Myanmar



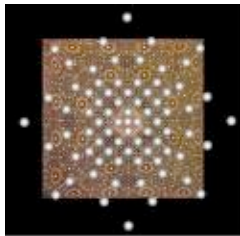
Todo el mundo ha sentido alguna vez una sensación esencial e íntima, trascendental y sagrada nacida del encuentro con alguna catedral, palacio, mezquita o templo situado en cualquier rincón del mundo. Me refiero a una intuición que fluye, suave, desde el interior ante la visión de una Belleza etérea, perfecta e indefinible que acaricia el alma, la calma y la alivia, una percepción de Unidad tenue que embriaga los sentidos, una atmósfera prístina y mística que susurra secretos a media voz, de manera hierática y profunda, disimulados en la armonía y el equilibrio de una intangible Perfección que sobrecoge el espíritu.

Esta sensación se presiente que tiene que ver con la Divina Proporción o sección áurea, una teoría antigua, presente en todas las civilizaciones, en relación a una compleja aplicación de la continua de Phi, número mágico y de oro que se repite matemáticamente en el círculo y en la naturaleza, de forma inmanente tanto en organismos vivos como en el mismo cuerpo humano y de obligada aplicación en el ingenio a través de las obras de arte y la arquitectura. La fórmula dice que la medida armónica perfecta entre el todo y las partes menores y mayores tiene que dar el mismo valor que cuando se divide 809 entre 500, es decir 1,618, hazaña bastante compleja.

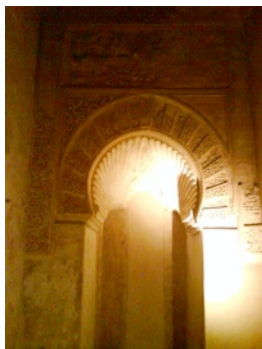


Y parece ser que esta armonía matemática aplicada en la arquitectura y el arte tiene un efecto directo y subconsciente en la percepción humana y nuestro cuerpo y alma reaccionan casi de forma inmediata al entrar en contacto.

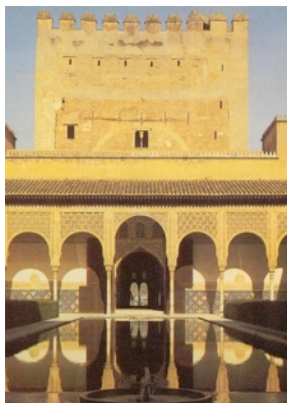
La Divina Proporción es un descubrimiento de los antiguos sabios para captar en la armonía de la creación humana la clave del mundo, proyectar las coordenadas presentes en la misma naturaleza para convertir un edificio en manifestación del Pensamiento Divino. Las medidas áureas mantienen una vibración sutil en la construcción que despierta sensibilidades humanas y otorgan, a la vez, una pista, una clave al observador, una posibilidad de santificar la vida en la experiencia espontánea de la alegría en la Belleza y Perfección de la Unidad en las partes. Es como si se intuyese, de forma fugaz y nítida, la conexión perpetua entre el hombre y Dios en la melodía del orden natural del conjunto, haciendo que el subconsciente conecte con la Sabiduría Primordial congénita en algún punto del cerebro, psiquis o código genético humano.



Cojamos como ejemplo la Alhambra de Granada, y más concretamente el Sahan Arrajahin o Palacio de Comares, advirtiendo algunos detalles que harán ver cómo ciertas coordenadas espacio-temporales unidas a la armonía de la creación humana pueden ser oportunidades de actualizar la espiritualidad dormida.



La Alhambra está ubicada en un punto estratégicamente telúrico, físicamente centro de confluencia y sensibilidad electromagnética, muy relacionado con el cruce de corrientes de agua subterránea (Aqua Mater) y simbolizada por las tradiciones como el Vientre Cósmico o las Vírgenes Negras, vírgenes paganas como Tánit o Nata, diosas propietarias del templo antiguo emplazado donde ahora tenemos la Alhambra. Es lugar de posibilidad, templo natural otorgado a la Madre donde el crisol de energías actualiza la potencialidad de la realidad en su máxima trascendencia. La construcción del Sahan Arrajahin, con influencias arabigoandaluza sin duda, pero también del sufismo, egipcias, hebreas y bizantinas, contiene incluso una cosmogonía áurea en la estructura de su construcción, que junto a las medidas y el emplazamiento, sincretiza perfectamente cómo un edificio puede transmitir un mensaje intencionado, profundo y subconsciente, además de eficaz, sólo con su presencia.



La entrada al Palacio se hace a través del Patio de los Arrayanes y en el estanque, rodeado de un bosque de columnas en el pórtico con galería de siete arcos, el agua le canta y refleja la Torre de Comares, como si avisara de los secretos que va a rebelar a quien quiera mirar. Sutiles puertas

se abren al patio para que el viento extienda las alabanzas a Dios inscritas en los capiteles cúbicos y el ronroneo del agua remansa el ánimo mientras se pasea junto al perfume de las flores blancas de los mirtos. Todo en calma por dentro y por fuera, disposición perfecta para percibir la Belleza impecable del templo.

Se llega haciendo camino a la Sala de la Barca, perpendicular al eje central y antesala del Trono y la estancia pronuncia al paso una bendición que reza “La fuerza mágica divina que desciende sobre el hombre a modo de Espíritu Santo”. El ruido



tiembla y se diluye y da paso al silencio, al interior, al que permite experimentar la luz y la perfección divina.

Y es entonces cuando se llega al excelso Salón del Trono, símbolo de Conciencia, signo del Poder de Dios y del hombre, la bóveda de los Siete Cielos hipnotiza la atención del observador como reina del Cosmos, representando de forma sublime la Estrella Madre del Universo, la extrema perfección, la suma de toda la energía de materia prístina antes de la Creación, insuflando al que mira una meditación espontánea ante la comprensión del Absoluto. Las figuras que se esparcen por el techo, en una magnífica geometría progresiva, parten de una central estrella de seis puntas que explota en catarsis y en una sinfonía casi irracional en su completa Perfección. Su visión, equilibrada, áurea y mágica, consolida el silencio humano necesario para escuchar y entender y pone en marcha un ancestral y atávico engranaje simbólico que incide sobre la psiquis humana, como un místico mandala que abre las posibilidades de conocimiento de realidades trascendentes, metafísicas y místicas, alimento para el espíritu que busca.

Y en la Alhambra, lugar mágico que el alma reclama, mirando la Bóveda de los Siete Cielos en el Salón del Trono, justo en el momento en que se corta el aliento y el espíritu se calma y vuela, se da una combinación sagrada de energías naturales y de equilibrio existencial donde la Belleza impecable, aplicada la divina proporción por el ingenio humano, da como resultado una comunión perfecta para acceder al Conocimiento, a través de la Armonía única, como si se pudiera percibir, sentir, conocer, experimentar y latir, en un instante, la danza ancestral y eterna del Universo.